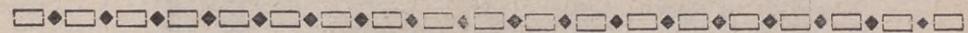




No dejen ustedes de leer el número de **La Saeta** de esta semana. Es de lo más sugestivo y ameno que ustedes se pueden figurar.

Un puñado de chinas



❖ ❖ ❖ ❖ PIRIPITUPI ❖ ❖ ❖ ❖

SEMANARIO FESTIVO

Redacción y Administración: Provenza, 266, bajos - Barcelona

IMPRESA DE ANTONIO VIRGILI EN COMANDITA - ROSELLÓN, 106



8 JUN. 1973



Portadora de originales para el Piripitipi

Precio: 5 cents.



Receta infalible

IRA, PIRIPITIPÍ,—me decía días pasados un amigo.—No seas tonto y créeme á mí; tu mal puede tener remedio si haces lo que yo hago.

—Imposible,—le contesté,—mi mujer me cansa, me aburre, en una palabra: no apetezco sus caricias.

—Lo mismo me ocurría hace algún tiempo con la mía.

—¿Y ahora nó?

—Ahora no, gracias á una receta sencillísima.

—Venga la receta.

—Lo primero que has de hacer es no preocuparte de que estás casado. Te haces la ilusión de que eres soltero y después de haber cenado lo mejor que puedas, te diriges al teatro donde sea mayor la concurrencia.

—Todo eso me va perfectamente.

—Una vez en el coliseo, haces lo que todos; pasas revista á palcos y butacas, donde, seguramente, hallarás hermosas mujeres á quienes admirar.

—Vamos, una ración de vista...

—Algo más que eso. A mí me sirvieron de poderoso aperitivo en mi primera tentativa, dos prodigios de belleza que se exhibían en un palco como pudieran haberlo hecho en un escaparate.

—¿Y las compraste?

—No, porque el bocado era excesivamente caro y además porque no rezaba tal cosa en mi receta.

—Entonces...

—Verás. Durante el primer intermedio me presentó á ellas una florista amiga mía, y te confieso ingenuamente que jamás he sostenido una conversación más animada y picaresca.

—¿Pero nada más que hablar?

—Nada más. La receta no pedía otra cosa.

—Continúa.

—Después entré al escenario, me rocé con el flamante y bullidor coro de señoras...

—¡Ah, pillo!

—Pero aquello no fué nada. En uno de los números del programa de aquel espectáculo, figuraba la bella *Cotorrín*, á quien me presentó en su cuarto el celador de bastidores mediante una propineja.

—¿Y te recibió bien?

—Al pelo. Para saludarme inclinó graciosamente su linda cabecita y levantándose la falda con estudiada coquetería, me dejó admirar sus pantorrillas tentadoras y admirablemente modeladas.

—¿Cómo se te pondría el cuerpo, gandulazo!

—¡Calcula! Total, que antes de que terminara la función, abandoné el teatro y salí hacia casita dispuesto á todo.

—Voy comprendiendo la receta.



—Ya la comprenderás mejor si llegas á ponerla en práctica.

—Bueno, pero sepamos el final.

—Lo de cajón. Mi esposa dormida dulcemente, y yo, *amante y calavera*... considera...

—¿De modo que el resultado fué bueno?

—De órdago. Tanto es así que mi mujer tiene un serio disgusto cada vez que no salgo de noche.

—Lo creo.

—Conque ya lo sabes. Aun puedes ser feliz con tu esposa.

Esto me decía días pasados un amigo, y á tal me atuve para ver si podía reconstituir amorosas escenas conyugales de mis buenos tiempos.

Cené espléndidamente, saciándome de mariscos y manjares de mi gusto. Bebí bastante, sin excederme, fumé de lo superior, y más inflado que una gaita en baile, me dirigí al teatro de moda.

Claro, mi amigo tenía sobradísima razón. Allí había la mar de mujeres incitantes y bellísimas, sobre toda ponderación.

Y entre el calor de la sala, los vapores de la cena y el fuego de tantos ojos seductores, me creí en un momento transportado á mis juveniles tiempos.

¡Oh, la receta de mi amigo comenzaba á surtir sus benéficos efectos!

La obrita que se ponía en escena, no podía ser más sugestiva.

Había amores refinados, y hasta la picaresca tiple desnudándose poco á poco á la vista del público, el cual, loco de entusiasmo, aplaudía cada vez que se despojaba de una prenda.

Por casualidad, encontré el espectáculo más adecuado á mi decaída situación.

No quise esperar el final, y salí en busca de mi costilla, como alma que se lleva el diablo.

Llegué á casa, subí los escalones de cuatro en cuatro...

Mi cabeza ardía como si tuviese calentura, mis ojos, desmesuradamente abiertos, apenas veían... estaba trastornado, loco.

—¿Qué tal me resultó la receta?— preguntarán ustedes.

Muy bien. Pasé una noche deliciosa, llena de sensaciones nuevas y agradables. Conque ya lo saben ustedes. Si se encuentran en mi caso, aquí tienen la receta; pero procuren que no les ocurra lo que á mí. Con la precipitación y el acaloramiento, confundí el cuarto de mi esposa con el de la doncella de labor.

PIRIPITIPI



Dar de comer al hambriento

LA condesa Pica, era tan bella como bondadosa.

Allí donde había una necesidad ó una lágrima que enjugar, allí estaba ella llena de amante solicitud. Era muy buena y muy santa.

Una mañana, hallábase asomada á un balcón del entresuelo, cuando vió en la calle á un pobre diablo lleno de andrajos y con una cara de necesidad que daba compasión.

—¡Pobrecillo!—pensó la de Pica.—¡Quién sabe las horas que estará en ayunas!

Y esto suponiendo, trató de arrojarle una limosna; pero se contuvo y llamó á un criado.

—¿Ves aquel mendigo que hay en la calle?—le dijo cuando se hubo presentado.

—Sí, señora;—contestó el criado.

—Pues hazle entrar de parte mía y dile que pida los platos que más apetezca para almorzar.

Marchóse el criado á cumplir su misión y la condesa se retiró del balcón completamente satisfecha de la buena obra que acababa de comenzar.

Al poco rato, se presentó de nuevo el criado.

—¿Qué ocurre?—preguntó la condesa.

—Señora, el mendigo acepta y os da las gracias por vuestro buen corazón.

—Está bien. ¿Qué ha pedido?

—Ha dicho que no tiene plato predilecto y que se daría por muy honrado y satisfecho comiendo lo mismo que le tengamos preparado á la señora.

—Perfectamente. Que nos sirvan dos cubiertos en el gabinete verde.

—¡Pero, señora!... ¿No habéis pensado en el miserable aspecto del mendigo?

—En efecto, hasta debe oler mal. Bueno. Mandad que lo vistan lo mejor posible y que lo asean lo suficiente para dejarlo presentable.



—Pero...

—Ni una palabra más. Haced lo que os mando.

El criado giró sobre sus talones y la de Pica se decidió á esperar hasta que le anunciaran que todo estaba dispuesto.

Una hora más tarde la condesa y el mendigo se hallaban frente á frente en el elegante gabinetito que iba á servir de comedor.

La de Pica quedóse parada un momento ante su desconocido comensal.

Este, vestido de rigurosa etiqueta y con la barba y cabellos completamente arreglados, parecía uno de nuestros más afamados elegantes.

—Caballero... digo, buen hombre... vamos, que ya no sé cómo llamarle,—dijo la de Pica, acabando por lanzar una carcajada.

—Yo tampoco sé lo que soy, ni donde me encuentro... ni lo que me pasa,—continuó el mendigo completamente turbado.

—Está usted ahora mismo en su casa, y no tiene que pensar más que en que ya está servido el almuerzo

Y, esto diciendo, la de Pica le hizo sentar junto á la mesa, ocupando ella otro sitio no muy lejos del trastornado comensal.

No se había equivocado la buena señora al considerar hambriento al infortunado mendigo.

En menos de un minuto, dió fin con el plato de exquisita sopa y con todos los encurtidos que había sobre la mesa.

—¿Qué tal?—preguntaba de vez en cuando la aristocrática dama.

—Riquísimo, señora, riquísimo,—decía el pobrete con la boca llena.

—En mi vida he comido nada mejor.

Y plato va, trago viene, aquel desdichado se iba animando sin notar lo y hasta la condesa comía y bebía más que de costumbre, sin duda, para alentar á su atribulado huésped.

Pero no hay mal que cien años dure ni hambre que no se satisfaga comiendo; y el mendigo quedó, por fin, tan bien alimentado y repleto, que dejando la servilleta sobre la mesa, exclamó:

—No puedo más.

—¿Ni con los postres?

—Ni con los postres.

Entonces el convidado se fijó por primera vez en la condesa.

—¡Rediós, qué hermosa!—murmuró sin darse cuenta.

—¿De modo que no os atreveríais con otra cosita?—continuó la de Pica.

—Según lo que fuera...

—Pedid á vuestro antojo.

Aquí el mendigo apuró de un trago una copa de *Champagne* y exclamó:

—Señora, os engañaría si dijera que me marchaba completamente satisfecho.

Y como el vino le proporcionó en un momento una verbosidad que jamás había tenido, manifestó á la bella señora que todos los manjares del mundo no le satisfarían lo que una amorosa caricia entre aquellos brazos de nieve.

La condesa sufrió un brusco estremecimiento nervioso y trató de levantarse, pero su comensal la contuvo, exclamando:

—¡No me dejéis así, por Dios! ¡Tened lástima y compasión de este miserable mendigo que se está muriendo de amor... una limosnita... una limosnita...

Y arrastrándose hasta la condesa, abrazó sus rodillas, vertiendo á la vez lágrimas de fuego.

La condesa de Pica era una santa y no quiso dejar su buena obra sin el digno remate.

El afortunado mendigo, quedó completamente satisfecho.

Y cuentan las crónicas galantes que, desde aquella fecha, va todos los viernes á recoger la limosnita.

JOAQUÍN ARQUES





—No hay cosa que me entretenga ni me despeje más, que leer la prensa de la mañana, después de haber dormido bien. Veamos que trae hoy de interés:

«En Canarias se ha fugado un joven con la hija de un leñador de aquellos bosques.

»Parece que la chica es una verdadera maravilla de hermosura.

»El seductor se presentó ayer en casa de los padres de ésta, pidiéndoles perdón.

»La joven continúa perdida hasta la fecha.»

.....

LA PRENSA



«La esposa de un conocido banquero de Londres, se ha tomado una disolución de fósforos de una manera originalísima.

»Citó á su amante á una casa donde los adúlteros solían verse de cuando en cuando, y á la vez escribió al marido dándole cita para el mismo sitio una hora después que á su adorado.

»El primero acudió como siempre, amante y cariñoso, notando algo extraño en la mirada de la infame *miss*.

»La esposa infiel, abrazó al que había sido causa de su deshonra, alargó la mano hasta la mesita de noche, y sin que su amante lo viera cogió el veneno y...

(En el próximo número se continuará)

El ejercicio

DOÑA Mónica de Bustamante, viuda de un afamado profesor de gimnasia, quería entrañablemente á una linda joven sobrina suya por parte del difunto.

Y como la quería, los dedos se le figuraban huéspedes en todo lo que con su salud se relacionaba.

Amalia, que así se llamaba la sobrina y que apenas contaba diecisiete abriles, tenía las mejillas pálidas y la contextura muy delicada.

La viuda alquiló una linda quinta en el campo y allá fueron tía y sobrina á respirar los aires puros del bosque añoso.



—Es preciso que hagas ejercicio, para que ese cuerpo adquiriera desarrollo,—solía decirle doña Mónica.—¡Ay, si viviera tu tío, ya verías qué pasadas te daba en las poleas y en las paralelas.

—Pero si es que me canso mucho,—contestaba Amalia débilmente.

Y así continuaba la conversación, pasando días y días sin que la joven ganara un paso en su desarrollo físico.

Una tarde fué á visitarles Carlitos, primo segundo de Amalia por no sé qué parte.

La muchacha se alegró mucho y la tía también, al ver que Carlitos llevaba bicicleta.

—Esta tarde vas á empezar á montar en la máquina de tu primo,—dijo doña Mónica.

—¡Magnífico!—siguió el joven.

—¿Y si me caigo?

—Ya te llevaré bien agarrada, primita.

—Ea, manos á la obra. ¿Veis aquella plazoleta casi cubierta por el follaje,—continuó doña Mónica?—Pues allí es el sitio á propósito.

—¡Pero, tía!...

—No hay tía que valga. Anda, Carlitos, no la sueltes aunque se canse.

—¿Pero usted no viene?

—Estos malditos dolores no me dejan dar un paso... pero os acompaña el perrito, que es como si fuera mi persona.

Y no hubo más. Amalia, Carlitos, el perro y la bicicleta, se dirigieron al bosque.

Una vez allí, el primo, que era un pillo de siete suelas, cogió á la prima por la cintura; Amalia quiso gritar, pero su boca se juntó con la de Carlos y el grito pasó desapercibido hasta para el perrito que les observaba atentamente.



Después no sé si montaron, aunque se me figura que sí, porque Amalia llegó á casa de su tía toda sofocada y con el cabello en desorden.

—¿Ves?—dijo doña Mónica, cuando se presentaron los ciclistas.—Esa ya es otra cara. Ya lo decía tu pobre tío. El ejercicio es la mejor medicina para el desarrollo corporal.

Los jóvenes se miraron de un modo particular, y Carlitos marchóse á la población no sin hacer promesa formal de que volvería todas las tardes para seguir dando lecciones á su prima Amalia.

Así han transcurrido algunos meses, durante los cuales la sobrina de doña Mónica ha comido con más apetito y ha estado más alegre que de ordinario; sobre todo cuando llegaba la hora de montar.

Los rigores del invierno han obligado á tía y sobrina á buscar en la ciudad el *confort* que no tienen en el campo.

Y la chica ha comenzado á dar *tales muestras de desarrollo físico*, que doña Mónica ha tenido á toda prisa que buscar á los padres de Carlitos para que arreglen el casamiento de los primos.

Ciertos ejercicios son buenos, pero hay que tomar algunas precauciones.



—¿Es ese el modo de arreglar la casa cuando yo estoy fuera?
 —No ha sido mía la culpa.
 —¿Pues de quién?
 —Leía el PIRIPITIPÍ.
 —¡Descarada! Traiga usted ese papelucho, y si viene el señorito, avíseme en seguida, no sea que me coja leyéndolo.



—¡Caro bocado, amigo mío!
 —No lo sé; dentro de media hora te lo diré en el casino.

Cuento

Pues, señor, me dijeron que en Ponferrada, (que como nadie ignora, no vale nada), ha sucedido un caso tan sorprendente, que he de contar á todos seguidamente.
 Pues, señor, un tal X que era casado, se marchó á la Argentina bien colocado, dejando en Ponferrada su dulce esposa, mujer á más de buena, muy cariñosa.
 El se marchó llorando, *sudando tinta*, porque estaba la pobre... ¿lo digo? ¡En cinta!
 Y exclamaba el sujeto:
 —¡Lolica mía; ahora que te conviene mi compañía!
 Tan pronto como tengas... (aquí, al oído le deslizó las frases su buen marido), no olvidés de escribirme seguidamente, con la efigie del nuevo *contribuyente*.
 Y luego de la escena que he relatado, y cuando pasó el tiempo que hay señalado, los buenos habitantes de Ponferrada, contaron en sus filas un camarada.
 Al cabo de tres años, volvió el esposo, muy fino, muy amable, muy cariñoso, y al ver á la rapaza su compañera, la encontró... en fin, bien, vamos, de tal manera, que el hombre preguntóle:
 —¿Qué te ha pasado?
 Yo no comprendo cómo te has engordado.
 Y ella, como buena hija de Ponferrada, no quiso al pobre mártir decirle nada, y exclamó entre congojas á su marido:
 —¡Debe ser un retoño que me ha salido...!

MORENO



Ahora que está distraída pillando moscas, aprovechen ustedes la ocasión, que la pintan calva.